

LA VANGUARDIA

DE LOS ORIGINALES, RESPONDEN
SUS AUTORES

REDACCIÓN É IMPRENTA
Reina Regente n.º 17.

Suscripción 0'50 ptas. al mes
Anuncios, precios convencionales.

Crónica del día

Fiestas que amagan aguararse

"Nunca llueve a gusto de todos," dice el proverbio vulgar, que, como todos ellos, encierra una verdad incontestable; lo que unos desean otros temen; lo que estos buscan, aquellos huyen; lo que beneficia y alegra a los unos, a los otros perjudica y contrista. Así es la vida.

Nos sugieren estas reflexiones, las lluvias de estos últimos días. Nada que más pueda y deba alegrarnos a todos, en estos pueblos eminentemente agricultores, cuyos campos sedientos están esperando, como otro maná bienhechor, el benéfico rocío del cielo para producir ópimos y abundantes frutos, que esta lluvia que es la base para una buena sementera, y la esperanza risueña de una abundante cosecha de cereales que asegure el pan del año venidero, conjurando, en buena parte, ese pavoroso problema de las subsistencias para resolver el cual, aunque sin conseguirlo, vienen nuestros gobiernos, hace cuatro años, legislando a tontas y a locas y de desacierto en desacierto.

No cabe dudar que estas lluvias son hoy oportunísimas, son un don inapreciable, son una bendición del cielo; pero díganles ustedes a los abarareros que se van a aguar sus fiestas de feria, sus fuegos artificiales, sus corridas de toros, sus funciones teatrales, y los verán mohinos y disgustados, renegando de las lluvias y hasta echando en cara a los santos médicos sus patronos, su falta de ascendiente en la corte celestial para haber con-

seguido del que todo lo puede, de ciezanos que siempre; pero que estas lluvias se demorasen algunos días para que se celebraran sus fiestas con todo esplendor y magnificencia.

Y el caso no es para menos que deplorarlo y enfurruñarse; porque estar todo un año esperando unos cuantos días de grata expansión y regocijo, preparando con tiempo los festejos, contratando ganado y cuadrillas, compañía lírica y orquesta; tener los toros en los corrales y los artistas para el teatro de camión, y ver caer el agua persistente, amenazando deslucirlo todo, es cosa para incomodarse de veras y renegar de esta lluvia tan útil y necesaria, pero que ha podido descolgarse una semana antes o una semana después de las fiestas.

Y lo bueno es que no son sólo los abarareros los que lamentan y deploran esta *oportunidad inoportuna* del cielo; sino que también los ciezanos participamos del disgusto y nos consideramos defraudados si el agua malogra las fiestas de nuestros vecinos, que son, por costumbre, por devoción y por confraternidad, algo nuestro también.

**
Tengamos esperanza

A la hora en que escribimos estas líneas (viernes de madrugada) la lluvia ha cesado en su monótono tintineo; pero el tiempo sigue blando, y el cielo completamente cerrado, ofrece poco tranquilizador aspecto; con todo, si hoy se despeja y la lluvia no se repite, mañana sábado la corrida de toros podría verificarse con lucimiento, y tanto ese día como el siguiente a la novillada, iría el mismo nutrido contingente

de ciezanos que siempre; pero si las aguas persisten, las fiestas resultarán deslucidas y desanimadas. Unas fiestas *pasadas por agua*.

Sería una verdadera lástima; y nosotros tenemos esperanza de que S. Cosme y S. Damián, han de *trabajar* cuanto puedan por que sus fiestas no se desluzcan.

Además, señores, la corrida es el sábado; y ya conocen ustedes el adagio popular que dice: "No hay sabadito sin sol...etc.,"

Conque ánimo y buenas esperanzas.

NO VALE LA PENA

LA CABRA TIRA AL MONTE

Ningún hombre está obligado a ser rico o sabio, pero sí a ser honrado.

Rudyard.

Con insistencia que no es posible justificar, y con un mal disimulado nerviosismo histérico, que dan la medida de su preocupación y de su despecho, el *Licenciado Rojo*, vicioso por naturaleza y por naturaleza mal educado, ha llegado al extremo de agotar—en un caótico rechinar de odios y rencores—todos los conceptos de mal gusto y frases groseras que a su paso encontró; deseoso sin duda de darse a conocer presentándose ante la opinión como la imagen viva del hombre del arroyo.

Avido el *Licenciado Rojo* de hacer el ridículo, desató el vendaval de sus bajas pasiones, sin que bastara mi prudencia, traducida en silencio, para hacerle desistir de su insidioso y estúpido propósito. Devorado por la cólera—no esa santa indignación que nos trueca en poetas, al decir de Juvenal—el *Licenciado Rojo*, hídrico y babeante, *acusa... acusa...* (no sin faltar a los más elementales principios de la buena crianza) una, dos, tres veces. A pesar de ello yo no me inmuté, y me limité a enviarle desde esta tienda, con las nubes y con el viento los ecos estridentes de mis sonoras carcajadas.

En vista de su ya pesada terquedad, que solo a su peculiar modo de ser cuadra, y empujado por el noble afán de llevar tan *importantísima* y transcendental cuestión al terreno de una discusión pú-

blica serena, reflexiva, documentada—esa es misión de la prensa—arrojé el guante, pleno de dignidad, sin jactancias ridículas ni vergonzosas cobardías.

La suerte estaba echada, y cuando el *Licenciado Rojo* debió hacer gala de la razón que le asiste para atacarme y de los grandes conocimientos científicos y literarios de que viene alardeando, el *Licenciado Rojo*, orondo y socarrón, hace honor a su historia, y resulta con una canción flamenca, verdadera zambra gitana, llena de risibles andaluzadas y majezas chulapas de histrión irascible. Esto es, el *Licenciado Rojo*, «temiendo que se me indigesten los manjares del banquete de la ciencia», se bate sencillamente en retirada. Así lo esperaba yo; así lo esperaba también la opinión sensata.

Y para que «yo no pase por la vergüenza de verme indigestado, él, tan fino, tan galante, tan cortés, tan caritativo, tan humanitario», agota de buenas a primeras el repertorio de su fraseología de burdel, y me requiere—craso error—para que, manchando, mi nombre, baje a la plazuela.

No, *ilustre licenciado*. Aunque argumentos me sobran para asfixiaros, con solo contar vuestra vida y milagros, desisto de ello... porque ya dije una vez, para siempre, que rechazo el lenguaje tabernario. Por eso no sé bajar, no puedo bajar, no debo bajar a la plazuela...

Eso queda para el *Licenciado Rojo* pues como de todo ha de haber en el mundo, a él le ha tocado representar en el cinematógrafo de la vida el tristísimo papel de lúbrica verdulera, así como a mí el de gastrónomo "indigestado," con los manjares del banquete de la ciencia.

**

Los actos públicos son siempre discutibles, sea quien fuere la persona aplaudida o censurada. Mas, para hacer la crítica, por severa que sea, de un hecho público, estimo que no se necesita apelar al gastado repertorio de tópicos y lugares comunes con que, para no reventar, se desahoga frecuentemente el gárrulo y rufianesco *Licenciado Rojo*.

Por otra parte, esas bofetadas al culto lenguaje, y la manera tan descarada e irreverente con que el *Licenciado Rojo* suele escarnecer las buenas costumbres, sólo a él perjudican; porque si a algo sueñan esas *elegancias de espíritu*, es a cretinitismo, a incultura, a pequeñez, a insignificancia, a oquedad mental.

**

Nada más, que es conceder importancia excesiva a las "cosas," del *Licenciado Rojo* y demás pigmeos que le ayudan a cocer un artículo periodístico.

Ya pueden garrapatear páginas enteras